

so. La Bourdonnais, al contrario, se le destinó al Norte porque era jacobino, y se le deseaba alejar de la victoria por todos los gefes del ejército republicano, que empezando por Dumouriez, eran absolutamente realistas. Dillon, Custine, Valence, pertenecian todos á la corte: así es, que lo mismo en Valmy que en Jemmapes, no fueron los generales, no, los que vencieron; fué el ejército, el ejército solo. Ejército sin pan ni aguardiente, sin zapatos ni vestidos: ejército que el dia de la batalla, á las 12, aun no recibia su rancho, y se preparaba á batirse en ayunas, despues de una noche heladísima pasada en cenagosos pantanos. Pero el ángel de la libertad estaba con él: tenia un *Credo* maravilloso que se llamaba *la Marsellesa*, y ademas, la conciencia de que defendia sus derechos, le daba fuerzas sobrenaturales.

Los elegantes emigrados y los antiguos severos generales austriacos, embebidos en las tradiciones del príncipe Eugenio, y de Montecuculli, no dejarían de reirse á carcajadas y de burlarse de un ejército en que, como el batallon de Loiret, habia cuerpos de voluntarios sin uniformes, que se aprestaban al combate con sus blusas y sus gorras; pero la victoria, mujer al fin, y como mujer caprichosa y coqueta, se enamoró y cubrió con sus alas á tan estraños soldados.

CAPÍTULO XIII.

YA hemos dicho que el 5 en la noche se hallaron los dos ejércitos frente á frente: entonces fué cuando nuestros soldados pudieron contemplar en toda su magestad la excelente posicion del enemigo.

Los imperiales habian ido retirándose poco á poco, para llevarnos hasta Jemmapes: nosotros les seguimos.

Nos encontramos en la pradera, ó mejor dicho, en los pantanos, sobre los que se elevan los dos pueblecitos de Jemmapes y de Cuesmes: ambos pueblos estaban perfectamente fortificados, y circuidos de almenas, y ademas resguardados por altísimos fuertes, y por una eminente planicie ocupada por 19.000 hombres y 60 cañones. Los austriacos tenían ademas, detras de sí, la ciudad fuerte de Mons, que les proveia de todos los víveres de boca y guerra que necesitaban.

Al enemigo le sobraba todo: á nosotros todo nos faltaba. Nos encontrábamos al revés que en Valmy.

Era tan triste nuestro aspecto, á pesar de que contábamos con una tercera parte mas de fuerzas que el ejército austriaco, que al duque de Saxe Teschen, general en gefe de las armas imperiales, le pareció innecesario sacar de Mons cerca de 6,000 hombres que tenia allí de reserva, y guardaron una completa inaccion durante la jornada del 6.

En la noche, un belga, llamado Beaulieu, aconsejó al general enemigo se echase sobre nosotros con sus 28 ó 30,000 hombres, y nos acabase dentro de aquellos cenagosos pantanos, en que nos resbalábamos medio desnudos, muriéndonos de hambre y de sed; pero el duque de Saxe Teschen era demasiado caballero para hacerlo, y además no quería comprometerse en un ataque nocturno, prefiriendo conservar su posición en Jemmapes, que según Clairfaict, era insuperable.

La superioridad de número dejaba de ser una ventaja en nuestra posición, porque la forma del terreno no nos permitía llegar hasta las tropas imperiales, sino por caminos muy estrechos, por barrancas y por desfiladeros.

A los primeros rayos del día, y en Bélgica amanece muy tarde en el mes de Noviembre, nuestros soldados pudieron formarse una idea clara de la tarea que tenían que emprender, tarea difícilísima porque tenían que escalar un semicírculo de obras de fortificación, guardadas por soldados, que al contrario de los nuestros, se hallaban perfectamente vestidos, cubiertos los más de brillantes uniformes, extraños y aun salvajes, es verdad, pero magníficos para dar calor por hallarse forrados de pieles. Los que no lo estaban, como los de los dragones austriacos, tenían en cambio blancas capas muy estensas, que cubrían las pellizas húngaras y los dolmanes imperiales.

Pero lo que más envidiaban nuestros soldados á los enemigos, no eran sus espléndidos uniformes, ni sus magníficas capas, sino las buenas raciones con que se habían desayunado.

Dumouriez observó detenidamente los terribles reductos de Jemmapes, miró después en torno de sí, y distribuyó sus tropas de esta manera:

Colocó en la vanguardia á Beurnonville que tenía delante el ala izquierda del enemigo que se hallaba colocada en las alturas de Cuemes: Beurnonville resguardado por Dam-

pierre colocado entre Frameris y Paturages, conducía nuestra ala derecha que se apoyaba en d'Harville, que desde Sillery en el extremo derecho de nuestra línea, amenazaba el ala izquierda de los imperiales acampados en Berthamont.

En el centro colocó al duque de Chartres con veinticuatro batallones, frente al centro de los austriacos; el duque debería llegar hasta el pie de la elevada meseta á pesar de la caballería enemiga que estaba escalonada en el tránsito.

En fin, á la izquierda, colocó al general Ferrand, con tres mariscales de campo á sus órdenes, para que atravesando el pueblo de Quaregnon, se dirigiera hácia el lado derecho de Jemmapes.

La caballería, estaba al lado de cada división, pronta á sostener los movimientos de la infantería, mientras que la artillería batiese de flanco á cada reducto atacado por el frente.

Dumouriez se hallaba en el centro con el duque de Chartres: desde la acción de Valmy, Dumouriez se había propuesto coronar al joven de gloria para hacer de él el candidato de una nueva dinastía.

Dumouriez no se engañó completamente: las acciones de Valmy y de Jemmapes explotadas hábilmente en 1830, no dejaron de contribuir á la entronización *de la mejor de las Repúblicas*.

Era necesario comenzar el ataque por la izquierda y lograr un buen éxito. Beurnonville y sus voluntarios parisienses tenían á su derecha obstáculos cuasi invencibles, obstáculos de terreno y no de arte, es verdad; pero las murallas que crea la naturaleza son aun más difíciles de allanar que las creadas por la mano del hombre.

A las ocho de la mañana el general Ferrand comenzó el ataque; pero como anciano, atacó muy débilmente, tanto que á las once aun no había logrado ventaja alguna á pesar de tener á sus órdenes las que se creían mejores tropas, las tropas veteranas.

Dumouriez al ver esto, se decide y envia para animar al ala izquierda que manda Ferrand, á un hombre, á uno solo, pero á un hombre que es un pedazo de su misma alma, á Thouvenot.

Llega éste á las primeras líneas, reemplaza en el mando al general Ferrand, arrastra tras sí á las vacilantes columnas, atraviesa á Quaregnon, y toma á Jemmapes.

Mientras esto pasa, Dumouriez tranquilo ya por su ala izquierda, atraviesa en medio de una granizada de balas el frente de batalla, llega al ala derecha en que resuena un horroroso cañoneo; y un espectáculo prodigioso preséntase á su vista.

Los voluntarios parisienses, conducidos por el general Dampierre han subido ya el primer escalon de la gigantesca altura; y son allí pasto de las balas de los reductos superiores y del fuego de nuestra ala derecha, que tomándolos por su posición, por enemigos, los baten de flanco á su sabor. Detras de los voluntarios están los veteranos de Dumouriez contemplándolos, y dispuestos á sostenerlos solo en el último extremo, porque como viejos soldados aborrecen á los nuevos.

Pero aun cuando no hubiese tal odio, al primer movimiento de ataque ó de retirada que hiciesen, los dragones imperiales que esperan con sable en mano la voz de carga, caerian sobre ellos como un torrente y los arrastrarian á los hondos pantanos de donde han salido.

Los voluntarios parisienses, jacobinos reforzados, se creian traicionados por el general realista que los habia enviado allí para que los hiciesen pedazos, cuando ven venir al general en persona en su ayuda, en defecto de sus soldados.

Dumouriez encuentra en el camino al batallon de Lombardos, batallon girondino, que lo mismo que los voluntarios de Paris, lucha aunque cansado, con firmeza y valentía. Al ver á Dumouriez el valor algo debilitado crece de nue-

vo: lombardos y parisienses hacen su brusco movimiento de ataque; los dragones bambolean, porque la tierra tiembla bajo los cascos de sus caballos: los hijos de Paris se detienen, aguardanlos á veinte pasos, les hacen fuego, derriban á mas de ciento cincuenta, y esperan á los demas á la bayoneta.

Pero Dumouriez toma dos escuadrones de caballería, los lanza sobre los cuasi derrotados dragones, y éstos huyen á escape hasta dentro de las murallas de Mons. Entonces Dumouriez vuelve á donde están los parisienses y lombardos, y los antiguos veteranos del Campo de Maulde:—Ahora vosotros, hijos míos, les dice, ¡adelante! y ¡viva la Marsellesa!

Los lombardos y los soldados del Campo de Maulde entonan al instante, no la *Marsellesa*, sino el terrible *Za irá*, el favorito de los hijos de Paris, y á los acentos de este canto salvaje, cuasi feroz, llegan hasta los aturridos húngaros, los derrotan y se amparan de las alturas que ocupaban.

Dumouriez ve lanzarse á sus bravos, conoce que nada será capaz de detenerlos, y se vuelve al centro, donde su presencia es necesaria.

En los momentos en que Thouvenot tomaba á Jemmapes, el centro doblaba el paso para atravesar la llanura; pero, al hacerlo, dos brigadas se desviaron de su camino: la una al ver á la caballería imperial que cargaba sobre ella, se oculta tras de un edificio; y la otra, sorprendida por el fuego enemigo, se detiene y no avanza. Pero de repente, dos hombres solos, dos jóvenes de la misma edad, aunque de muy distintas posiciones, se lanzan á la cabeza de las dos brigadas, y las arrastran al combate: el uno es el duque de Chartres; el otro es Bautista Renard, ayuda de cámara de Dumouriez. Entonces saben que Thouvenot ha tomado á Jemmapes y es ya dueño de la derecha, y esta noticia exalta los ánimos de la division del centro: diríjese ésta rectamente á la meseta, trepa la falda de la montaña en medio del fuego

de sesenta cañones, se encuentra, en fin, con los diez y ocho mil hombres que la defienden, y bátese allí valerosa cuerpo á cuerpo, hombre á hombre.

El duque de Chartres es uno de los primeros que ascienden á la altiva planicie, bátese allí con valor, forma un hueco para sí y para los que le rodean, y les dirige, para mantenerlos en sus difíciles puestos, una de esas frases entusiastas que revisten de una fuerte coraza el corazón más débil.

—Muchachos, esclama, desde este momento os llamo el batallón de Jemmapes.

En seguida envía al duque de Montpensier, su hermano, á anunciar á Dumouriez que acaba de destrozar á Clairfaict y á sus 12,000 hombres.

Esto aun no lo había hecho; pero una vez anunciado, necesitaba absolutamente lograrlo.

Thouvenot, vencedor, llegó en ese instante por Jemmapes y Dampierre por Cuesmes: las tres líneas de fortificación estaban tomadas, los fuegos apagados y disperso el enemigo.

El triunfo era completo.

Tendióse nuestro ejército en el mismo campo de batalla, y comió los víveres que habían dejado los imperiales; pero las sobras de un enemigo vencido no humillan á nadie, sobre todo cuando no se ha comido en veinticuatro horas.

Si d'Harville hubiese cortado el paso al general Clairfaict en el camino de Bruselas, el ejército austriaco concluye completamente; pero d'Harville llegó muy tarde, y Clairfaict, sostenido por Beaulieu, no podía ser ya perseguido sin mucho riesgo.

¡Solemne fué el momento en que el ejército de la joven República abrazó de una sola mirada todo aquel inmenso campo de batalla que acababa de conquistar, y proclamó al mundo su primera victoria!

En este triunfo, es necesario decirlo, tuvo mucha parte el duque de Chartres. Los héroes de esa jornada fueron Thou-

venot, Dampierre, el duque de Chartres y Bautista Renard.

Pero, sobre todo, los verdaderos héroes fueron aquellos cuyos nombres no se pronunciaron siquiera; los voluntarios parisienses y los voluntarios de Lombardía; hombres que afrontando el fuego por la vez primera, dieron ejemplos dignos de fé, de patriotismo y de valor.

Físicamente hablando, ha habido triunfos más grandiosos que el de Jemmapes; pero no ha habido una mayor victoria moral.

Jemmapes es la puerta por la que han marchado nuestros soldados á la conquista del mundo, es el gérmen de todas las magníficas victorias de la república y del imperio.

CAPÍTULO XIV.

DUMOURIEZ había escrito á la convencion: “El 15 estaré en Bruselas y el 28 en Lieja.”

Esta vez no solo cumplió su palabra, hizo más, porque llegó á Bruselas el 14 y el 28 á Lieja.

En menos de un mes se conquistó toda la Bélgica, y el 8 de Diciembre entraron nuestras tropas en Aix-la-Chapelle.

Entre tanto se instruía el proceso del rey. Para cumplir la promesa que había hecho al rey de Prusia, de velar por